

Robespierre

A medida que me acomodaba, o mejor me acomodaban, solo podía percibir el olor acre del excremento de caballo que portaba en sus botas, raídas por el uso y el tiempo, la persona que tenía de pie junto a mí. El vocerío de la plebe era ensordecedor: los nobles intentando tomar distancia y pasar desapercibidos, los campesinos hediendo a sudor corrompido y los clérigos de voz y gestos amanerados la mayor parte de las veces. Ya no podía ver el sol. Solo las vetas de madera húmeda que se ofrecían medio carcomidas a mis ojos. Forzando la mirada hacia un lado vislumbraba los zapatos caros hechos por algún artesano a precio de colectas que calzaba el canónigo que conversó conmigo anoche. De pronto todo comenzó a girar ante mis ojos. Las caras, las gentes, el cielo. Mi cabeza rodó después de caer la cuchilla de la guillotina. ¡Qué descanso!